Edutec. Revista Electrónica de Tecnología Educativa

Núm. 17./marzo 04

Aprender en red: Internet del revés

LUÍS ÁNGEL FERNÁNDEZ HERMANA
Director de en.red.ando
mailto:luisangel@enredando.com
http://enredando.com/

Aunque las estadísticas, los contenidos, el nivel del debate público, el grado de implicación de las instituciones involucradas, el volumen y orientación de las inversiones, el tipo de demanda de recursos y, en definitiva, el estado en que se encuentra la institución de la educación en España, no configuran, en conjunto, una imagen satisfactoria de la adaptación de la educación, en general, y los procesos de aprendizaje, en particular, a la sociedad de las redes que nos ha tocado en suerte, no por ello debemos despreciar la enorme progresión que se ha registrado en el país sobre la percepción del papel vertebrador que va a jugar la educación virtual. De los francotiradores de 1994-97, hemos pasado a la guerra de guerrillas y los equipos de comandos de "desembarco rápido" de los tres años siguientes. Ahora estamos en el umbral de tener que definir qué curso seguir: si redefinimos el papel de la institución de arriba abajo (y transversalmente) o continuamos con una política de retazos que, por definición, dispersa más confusión y desorden que otra cosa.

El ámbito de la educación se encuentra preocupado -para seguir con el símil, deberíamos decir invadido, ocupado y colonizado- por una serie de reformas que apenas tocan el fondo del problema. Y esta preocupación "deslocalizada" afecta a todos los escalones de la institución educativa, desde la fase pre-escola, a la escuela y la universidad. En el fondo, esta situación refleja el hecho de que ni siquiera hemos empezado a pensar seriamente lo que implica un cambio de esta naturaleza; ni aparecen quienes debieran orientar, al menos, el debate público; ni está claro, por tanto, de qué manera habría que proceder y de dónde deberían venir los recursos. Mientras tanto, seguimos inaugurando aulas de informática como si fueran grandes obras públicas y el aire se llena de cursos de "formación digital" sin ton ni son, impartidos muchos de ellos con la bendición de fondos públicos.

Para muchos expertos y analistas del sector, este estado de cosas refleja la tradicional escasez de los recursos dedicados a la educación, a pesar de que no hay administración que no dedique una parte del presupuesto "para afrontar los retos de una sociedad en cambio". Mientras, por un lado, se debaten aspectos del currículum escolar (ley va, ley viene) que ni siquiera mencionan la necesidad de transformar la institución educativa en la perspectiva de la Sociedad del Conocimiento (una proporción desmesurada de maestros y pedagogos todavía

están atascados en la defensa de los sacrosantos valores del libro), por el otro, la institución sigue anclada en la era de Gutenberg en más de un sentido.

La revolución industrial alumbró un determinado complejo tecnológico como unidad básica de la educación. La escuela (el edificio, con su particular distribución, prácticamente igual en cualquier país del mundo); el aula con la distribución del maestro (si es sobre tarima, mejor) frente a los alumnos agrupados en pupitres o mesitas; y los materiales didácticos, en particular el libro, estructurados de tal manera que permitían la clasificación cronológica del saber: sabes si lees ciertos libros a ciertas edades, o viceversa. Esta relación secuencial determinaba a su vez la organización del conocimiento (y de las actividades, horarios y funciones de quienes estaban encargados de impartirlo): aquí aritmética, allí matemáticas, más allá geografía, etc. Aparte de la introducción de las mal denominadas tecnologías de la información (fotocopiadora, fax, diapositivas y un aula con ordenadores -dispuestos a la usanza tradicional-), prácticamente nada ha cambiado en la institución de la educación desde el punto de vista de su disposición tecnológica industrial. Si resucitara un habitante de principios del siglo XX y entrara en un hospital, se quedaría espantado ante la omnipresencia de una tecnología incomprensible e inimaginable en su época. En una escuela se sentiría casi como en casa, como si jamás se hubiera ido.

¿Cómo será el edificio de la educación virtual? ¿Qué posición ocupará cada uno en él? ¿Qué tendrá que ver con lo que ahora hacemos en la Red? ¿Cómo se estructurará el conocimiento en ese nuevo ámbito? ¿Dónde estarán maestros y alumnos? ¿Se encontrarán solos como en el aula tradicional? ¿Con qué tipo de apoyos contarán? ¿De qué materiales se servirán y cómo los usarán? ¿Quiénes los diseñarán? Y, tan importante como todas estas preguntas: ¿quiénes serán los que logren imaginar la reforma del sistema educativo para comenzar a responder a estas preguntas? ¿dónde están los líderes de la red en la administración pública con el suficiente prestigio y conocimiento como para plantear debates públicos de este calado? ¿qué sucede con los alumnos mientras no se resuelven estos interrogantes?

Si quisiéramos responder en profundidad a estas cuestiones, el panorama que emergería no sería para lanzar las campanas al vuelo. En primer lugar –y por más sorprendente que parezca- la mayoría de quienes están implicados directamente en el proceso educativo todavía ve a la Red como la Internet que hoy utiliza.

Muy pocos poseen la necesaria profundidad histórica –lo cual es indicativo del camino que aún debemos recorrer- como para comprender que Internet es una sustancia maleable, cambiante, un producto de diseño, un artificio como el barro con el que se pueden construir cosas y ámbitos, siempre dentro de las limitaciones lógicas que impone el desarrollo tecnológico. Y la educación, el proceso de aprendizaje en la era de la sociedad de la información, requiere más que nunca trabajar con esta arcilla. Es significativo que en los debates sobre la educación virtual, tanto maestros, como pedagogos, funcionarios públicos, expertos o padres de familia, sigan atascados en el hecho de que en Internet hay demasiada información y ésta es:
- No contrastada
- No verificada
- No referenciada
- De fiabilidad dudosa.

Por tanto, el nivel de aceptación y participación en procesos de formación en red viene determinado por estos criterios. Se enfatiza la necesidad de "aprender a buscar", como si esto bastara para acceder a los pozos ocultos de sabiduría camuflados por la información redundante de la Red.

Sin embargo, la respuesta a muchas de estas inquietudes debería proceder de la investigación sobre cómo trabajar y aprender en red. Cómo encontrar y utilizar ese conocimiento, cómo descubrir esos pozos de sabiduría (si existen), mediante qué procedimientos y entornos

tecnológicos. En otras palabras, qué actividad es la que garantiza obtener información original (un bien escaso para cuya creación hay que arremangarse las neuronas):
- Contrastada
- Verificada
- Referenciada
- Fiable

El desafío, pues, consiste en crear espacios virtuales como los que se encontraría Alicia si atravesara el espejo para pasar "al otro lado" de Internet. Espacios donde sea posible organizar el proceso de aprendizaje de tal manera que suceda lo contrario de lo que nos ofrece Internet a primera vista: en vez de una red aparentemente tumultuosa y caótica, con un vertiginoso crecimiento demográfico y del volumen de información, una red donde se encontrara la oferta y la demanda en un entorno controlado, tanto demográficamente como con respecto al volumen y calidad de sus contenidos.

Una red donde el proceso de aprendizaje progresara gracias a la forma como se estructure el conocimiento generado por sus propios participantes. Espacios virtuales, en otras palabras, caracterizados por un ADN básico integrado por tres "genes" que nosotros denominamos 3P:
* Persistencia (el conocimiento y la actividad de los usuarios está estructurado en archivos buscables y diseminables)
* Pertinencia (del conocimiento creado y compartido)
* Pertenencia (al espacio virtual en razón de la cercanía e interés personal y colectivo del proceso de aprendizaje que promueve).

¿Cuál será el papel del maestro y de qué herramientas se servirá en este edificio virtual? ¿Será posible mantener la figura individual -carnal- del maestro (del formador) en un entorno virtual de inteligencia colectiva y trabajo cooperativo? Los nuevos entornos virtuales de formación exigen un alto grado de especialización en la gestión de conocimiento en red y ésta actividad, a su vez, es esencialmente cooperativa si quiere satisfacer sus objetivos con un alto grado de eficiencia. Por tanto, quizá deberíamos empezar a pensar en el maestro y en el formador como entidades virtuales colectivas, integradas a partir de las actividad colaborativa de distintas personas, de distintos perfiles profesionales y munidos de herramientas multimedia con una elevada capacidad para excitar la interacción con los alumnos. Y, por la otra parte, quizá deberíamos empezar a pensar también en organizar a estos no por criterios secuenciales de edades, sino por grados de conocimiento, comprensión, interacción, cooperación y capacidad de síntesis de la información y el conocimiento que produzcan y procesen (lo cual plantea el gran dilema de cómo se evalúa y mide el aprendizaje en un entorno virtual).

Uno y otro cambio, en lo que designan conceptualmente los términos maestro y alumno/s, habría que comprenderlos, a su vez, a partir de la propia transversalidad e integración del conocimiento. Para decirlo con uno de los ejemplos más palmarios: de la forma como lo hacen los videojuegos, sin duda uno de los materiales pedagógicos más importantes pero que todavía son mirados como una especie de excrecencia que perturba el proceso de enseñanza. Por una parte, una red de estas características no se nutriría sólo de esta nueva relación maestro-alumno (independientemente de cómo entendamos ahora a estas entidades). Sino que posibilitaría enriquecer el proceso de aprendizaje con la intervención en tiempo real (asíncrono) de psicopedagogos, expertos, padres de familia interesados (haberlos, haylos), veteranos de la educación (en principio, lo somos todos y la experiencia es un grado, algo que la tecnología educativa de la sociedad industrial se perdió al permanecer enclaustrada entre cuatro paredes) o la contaminación con experiencias pertinentes procedentes de cualquier rincón del planeta: no olvidemos que, en la red, todo lo local es inmediatamente global.
Alicia, pues, sigue esperando que le den el espejo para poder adentrarse en el otro lado de la red, que no es el mundo presencial sino una realidad virtual muy diferente de la que hoy tenemos en Internet.

Salut

Luís Ángel Fernández Hermana
mailto:luisangel@enredando.com

Director en.red.ando
http://enredando.com/

III Jornada en.red.ando
http://jornada.enredando.com/
Kubik:
http://www.kubik.es
gn:justify'>http://enredando.com/

III Jornada en.red.ando
http://jornada.enredando.com/
Kubik:
http://www.kubik.es